

Los libros sobre la mesa

Victoriano Crémer

Breve pero denso y hasta importante, este nuevo libro de Antonio Pereira. Veinticinco poemas, en los cuales, conmovidamente, el autor se burla de sí mismo, se enternece consigo mismo, llora por su tiempo, por las gentes que le rodean, por el ancho cauce de sus recuerdos.

Si "Del Monte y los Caminos" era y es un libro de sugerencias físicas, de encuentros en el paisaje entrañable de las tierras bercianas del autor; del paisaje con figuras, en el cual el poeta se descarga de aquellos antecedentes constitutivos de esta vida que estrena, cuando desciende del monte y de los caminos para entregarse a la andadura llana por la ciudad, estos "dibujos con figura" o "dibujos de figura" forman parte principal de lo que pudiéramos llamar encuentros de poeta consigo mismo, como animal doliente y asustado pero enamorado siempre, ansioso de vida, lleno de esperanza; con los seres amantes, con los hombres que han puesto de alguna manera el dedo en la llaga siempre encendida del poeta,

Si dijéramos que este libro, que este cuaderno de navegación, que airoosamente, melancólicamente, nostálgicamente, el autor titula "Dibujo de figura", completa el perfil de Pereira como escritor, como poeta, no nos serviría para preponer su alcance, por cuanto este libro, no se cuida tanto del perfil como de la hondura; tanto de la expresión como del latido.

Quiero decir que algo tiene este libro de grave cuando de modo tan penetrante llega a nuestro corazón y en él deja una huella tan permanente.

Antonio Pereira no es poeta, de extremos, pero tampoco de centros. Es poeta que tiende a la altura y a la profundidad, "Si por algún lado ha de evadirse el ser humano, -dice Sender, en uno de los libros más apasionantes de cuantos ha lanzado últimamente el singular novelista español- que sea por arriba por los campanarios, por las chimeneas, por el camino de las estrellas, o por el de los pozos con luna"

Antonio Pereira, no es poeta de exorcismos, ni de grandilocuencias, sino de densidades, de acentos recortados por la emoción.

Una emoción que, avergonzada de sí misma, se envuelve en graciosos juegos imaginísticos. Que no engañan nunca, porque sobreponiéndose, queda siempre ese escozor tibio y consolador de las lágrimas que no acaban de derramarse.

Los modos expresivos de Antonio Pereira, alcanzan en este libro su máxima decantación, Aunque sometidos a una tremenda disciplina, los versos parecen haber fluido serenamente, espontáneamente, fácilmente, con ese temblor y esa frescura del agua golpeada en las limpias, piedras del cauce. Sin limos, sin brozas sin fangos.

¿Experiencias? ¿Biografía?... ¿Qué libro, qué poema, que carretón no arrastra forzosamente vida? Y si no contiene vida, ¿qué puede tener un libro? Las tres partes, los tres breves pero intensos capítulos de este álbum de dibujos de figura, son partes importantes, las más graves, las más importantes partes de la vida del poeta:

“Mozo del 44”, o a la sombra de los recuerdos en flor, diríamos prusianamente, "dibujo de figura" o la realidad y “Consolación a Claudia”, o el canto de la conformidad y de la esperanza.

Cada una de las partes, pese a su aparente levedad, todo un espléndido tratado de poesía y vida.

La altura de los bosques
pone estilo al amor
Como colores
hace ignorar el mar y la llanura;
cómo difiere el habla de las flores,
que aquí exhalan aromas más extensos
como el hombre
que mira más arriba
si acostumbra su paso hada las cumbres
de la blandura eterna y pensativa;
así el ave proclama

una manera de altivez.

El urogallo canta

su libertad

y olvida al ojo frío

del arma la ocasión de su garganta.

No le compadezcáis.

Su carne abierta

por la pólvora negra y los metales

sobrevive sonando,

predicando

muerte mejor que la de los corrales

(De "Dibujo de Figura")